

Son primos hermanos, se reencontraron a los 45 años y una noche en Córdoba cambió todo para siempre

03/05/2026



Cuando dos almas están destinadas a estar juntas, se encuentran sin buscarse. No importa el caos, el momento o la distancia. **La vida hace ese "clic" perfecto** que no entendés, pero sentís. Es como si una fuerza invisible los abrazara hasta fusionarlos.

Adela tenía 45 años cuando sintió algo que, hasta entonces, creía que jamás le iba a pasar. "Me enamoré perdidamente de mi primo", descubre con su tonada cordobesa, dejando entrever algo de angustia. ¿Acaso se puede juzgar al amor?

Había estado casada más de una década, había tenido otras parejas, había tomado decisiones. Pero esto era distinto. Más claro. Profundo. Definitivo. "Me di cuenta enseguida. **A esta**

edad ya sabés. Sabés cuándo es de verdad”, asegura buscando esa complicidad que no encontró en su círculo más querido.

Lo cierto es que Ariel siempre había estado ahí. No en su vida, pero sí en su historia. Su madre María y Blanca, la tía “negra”, eran hermanas de esas muy unidas. Las dos viudas, **aunque a 115 kilómetros de distancia**, solían compartir todo. “Pero yo con él no tenía trato para nada, para nada”, canturrea ratificando el desconocimiento.

La realidad es que de chicos, Adela y Ariel, habían compartido poco y nada: crecieron en ciudades distintas. Aunque son primos hermanos, solo se veían en cumpleaños o fiestas familiares, se saludaban y nada más. Pero hay algo que ella sí recuerda: “Siempre me parecía lindo. Eso sí. Lo veía y decía: ‘Qué lindo que es’”, interpreta con dulzura.

Adela nació y se crió en Villa María. Ariel, en Villa del Rosario. Ambos cordobeses. Después vino la vida. El matrimonio. La separación. Los años. Una lejanía común entre toda la parentela. Nada que no pase en las mejores familias. Y, de repente, con la pandemia, llegó esa fiebre de querer reencontrarse con todos. Así, casi sin buscarlo, volvieron a verse. “Al vivir lejos no teníamos vínculo, ellas tampoco. Mi vieja con su vieja se unieron más de grandes”.

Todo el revival surgió con las madres. La tía Blanca iba a visitar a su hermana María, empezaron a verse más seguido al enviudar. Se quedaba semanas enteras en la casa de la mamá de Adela. “Siempre estábamos juntas las tres, los sábados a la noche, porque yo me había separado y no estaba de novia”, cuenta. Entonces ahí, casi sin querer, comenzó a tejerse el destino. El mismo que a veces inventa un reencuentro para volver a empezar.

Primero, las reuniones. Los sábados a la noche. Primos, tíos, charlas largas. Eran cerca de 30. Siempre había un cumple por festejar. Armaban karaokes, “pingo a la canasta” (llevar

comida y bebida para compartir), asados, locros. Villa María, Pasco, Córdoba Capital, Villa del Rosario, eran algunas de las sedes. Adela estaba sola. Ariel empezó a aparecer. “Él era un poco el que fomentaba las juntadas. Es muy querido por todos... y yo también”, dice con ojos de enamorada, los mismos que de repente se apagan cuando cae en el presente: “Después a raíz de todo lo nuestro, cuando salió a la luz nuestra historia, se empezó a disolver el grupo y ya no hubo esas juntadas frecuentes”. Pero **por suerte vuelve a sonreír para recordar que se quedaban todos hasta tardísimo**, tanto que, “seguía de largo” cuando le tocaba trabajar en el súper los domingos. “Me encantaban esas juntadas. También porque estaba él. Yo feliz, feliz, feliz”, repite en eco.

Lo que a Adela le llamaba la atención era que Ariel, un hombre familiar, de repente, empezó a mostrarse de otro modo. “Me llamaba la atención que viniera solo”, cuenta. “Pero no preguntaba mucho. Él es muy reservado”.

Entre esas juntadas, algo empezó a moverse. Él la pasaba a buscar. La llevaba. La traía. Conversaban. Se reían. Nada explícito. Nada dicho. “Yo no me daba cuenta. O no quería darme cuenta –recula–. Pero me encantaba estar con él”. Ariel, en cambio, ya lo sabía. La miraba distinto. Aunque nadie estaba enterado todavía, él estaba separado. **“Me daba cuenta que me miraba en las juntadas** o tenía un poquito más de atención para conmigo. Pero bueno, yo pensaba qué se va a fijar en mí, ¿viste?”, reconoce Adela. También estaba el pánico a lo que “no se debe”, como si el manual de la vida indicara de quién está permitido enamorarse: “Aparte que yo voy a una iglesia evangélica, y eso también creó un mundo fuerte en mí. No es fácil decir, ‘Che, mi pareja es mi primo’”, confiesa, por fin, afrontando sus propios prejuicios, para terminar de autoflagelarse en su tragedia: “Encima no es el hijo de un primo: ¡es primo hermano!”

El primer gesto fue mínimo. Aunque no tanto. Un chocolate. Un Milka. No era la primera vez: él también le llevaba bombones.

Era un juego silencioso entre los dos. Ella se lo regaló una noche cualquiera. Una excusa, en realidad. O una forma de animarse a decir lo no dicho. “Se lo di y listo, porque ya era una atracción de los dos. Yo **lo terminé de decidir pero a él se le notaba**, él sí quería”, confirma Adela sin mencionar el objeto de pecado. El beso fue mutuo. Lindo. Pero también fue el comienzo de todo lo demás: “Fue bello, bello, bello, pero a su vez ahí empezó la tormenta”.

“¿Qué hago con esto”, se repetía frente al espejo. Porque no era cualquier historia. Era su primo. Y aunque ella insiste en que no le importaba lo que dijeran los demás, algo se le movía por dentro. “Luchaba conmigo misma”, recuerda. “Pero supe desde el primer momento que esto era de verdad: me había enamorado, con cuarenta y pico de años, me daba cuenta que esto era diferente”.

A las pocas semanas, unos primos de Buenos Aires viajaron a visitarla, y querían ir a un baile a Córdoba. Entonces Adela se ofreció a llevarlos y lo invitó a Ariel a que se sume. “Ahí fue como que empezó”, dice, sin darse cuenta que es la cuarta vez que le da inicio a la historia inevitable.

“Pase lo que pase, no me importa nada”, le juraba Adela. Se siguieron viendo. A escondidas. Después de las reuniones familiares. Ya estaban “hasta las manos”. Él llegaba de madrugada a su casa. Se iba antes de que amaneciera. Había algo en esa clandestinidad que también los unía. “Era relindo. Esperarlo a las cuatro, cinco de la mañana...”, recuerda soñando despierta.

Hasta que dejó de ser invisible. Las miradas empezaron a delatarlos. En las reuniones, en los gestos, en la forma de estar cerca. La familia empezó a sospechar. “Nosotros **pensábamos que no se daban cuenta**”, admite ella. Pero todo estalló el día del cumpleaños número 46 de Adela. Lo paradójico es que su hermano mayor lo quería a Ariel. Mucho. Entre ellos habían construido un vínculo fraternal. “Mi

hermano lo consideraba un hermano. Mi vieja también lo quería muchísimo”.

Al otro día del festejo, el hermano la enfrentó. “Vos sabés muy bien de qué tenemos que hablar”, le dijo, a los gritos. Ella no entendía. “Me trató re mal”. Y se fue sin comprender qué le pasaba. Hasta que su hermana melliza, que la conoce como nadie, la miró y le preguntó sin vueltas pero con ternura: “¿Estás saliendo con Ariel?”. Ya no se podía negar. “Sí”, dijo. Y en ese momento, a pesar de estar a dos días de sus merecidas vacaciones a Brasil, Adela sintió que el mundo se le venía abajo.

“Olvidémonos que somos hermanas y hablemos de mujer a mujer”, le propuso Adela a su melliza: “Me enamoré y me la quiero jugar no por él, sino por mí, por lo que yo siento por él”. Mientras su espejo la escuchaba queriendo saber si el primo también sentía lo mismo, Adela le dejó en claro que no iba a hablar por él, que solo estaba dispuesta a defender lo que ella siente y quiere en su vida. “Si va a funcionar o no, no sé, pero por primera vez en mi vida siento que me enamoré, por primera vez en mi vida sé lo que quiero y elijo”, se sinceró.

La melliza estaba atónita, y al mismo tiempo intentaba apoyarla: “Pero, ¿vos sabés la mami cómo se va a poner cuando se entere?”, la cuestionó. “La mami nunca aceptó ninguna pareja mía. Así que esta no va a ser la excepción”, entendió Adela. La vida no siempre te da respuestas, pero cada vez que te escuchás de verdad, te muestra el camino. Y ella ya había elegido.

De pronto, Adela cayó en la cuenta de que había estado toda su vida “muy pegada” a su madre, quien, en cierta forma, la manejó. “Estuve muy atada a mi mamá: casada, separada”, comienza a desahogarse, y trae a la memoria un hecho que la marcó: “Cuando me casé y le di la tarjeta de invitación, **me la tiró en la cara porque no estaba de acuerdo que me casara, pero porque era muy absorbente para conmigo**”, explica dejando

ver sufrimiento en su voz, y agrega con más lamento que reclamo: “Es un amor egoísta; no es un amor verdadero”. Y sí, a veces crecer significa decepcionar a personas que esperaban que siguieras siendo la misma persona.

Y por una sola vez en su vida se priorizó, sin pensar si estaba siendo egoísta. Decidió hablar con su mamá. No quería que se enterara por otros. Entró a la casa, pidió conversar a solas, pero su hermano se metió igual. “Esta historia no es tuya, es mía”, intentó defenderse Adela. No hubo caso. El hermano la insultó. Le dijo cosas que todavía le duelen. “Me empezó a bardear y a decir cosas hirientes”. Y su mamá no la defendió. “Eso fue lo que más me dolió”, se quiebra, y explica: “No sabés la clase de hija que fui para con mi vieja. Vivía por y para ella”. Y para rematarlo, vino lo peor: “La mami me echó de su casa”.



Cuando la familia descubrió el vínculo, llegó el momento más doloroso: discusiones, insultos y una ruptura que dejó a Adela emocionalmente devastada. (Foto ilustrativa generada con IA).

Adela volvió a la suya rota. “Estaba emocionalmente destruida”, subraya. Todavía no sabía que el que hace lo que siente gana aunque pierda. Su familia le soltó la mano. Toda. Menos una persona. Su melliza: “No estoy de acuerdo pero

tampoco te juzgo. Yo te amo y vos sos mi hermana". Y esa fue su salvación. El gesto que la sostuvo. "Si ella me soltaba, yo me iba de este mundo", dice, sin rodeos. Madurez es entender que no todos van a aceptar tus elecciones, y que eso no tiene nada que ver con vos.

A los dos días de que se "destape la olla", Adela se subió al avión en busca de calidez. Viajó a Brasil. Con su amiga Claudia. Pero a veces ni en el paraíso se pueden remontar las penas: "Fueron diez días hermosos... pero yo estaba mal. **Sabía que al volver iba a estar sola**". Y así fue.

Durante más de un año, no habló con su mamá ni con su hermano. Las reuniones familiares siguieron, pero ya nada era igual. "Yo iba con la frente en alto. Pero sentía las miradas. Las caras". Ariel seguía a su lado. Siempre.

Cuando se animó a contarlo a su grupo de amigos de toda la vida, la reacción fue otra. "**Si vos sos feliz, nosotros somos felices**", le dijeron. Y, por primera vez en medio de tanto rechazo, sintió que alguien la abrazaba sin condiciones. ¿Qué son los amigos sino la familia elegida?

Un año después, Adela volvió a buscar a su madre. No desde la culpa. Desde otro lugar. "Si estoy acá es porque te amo –le dijo–, y mi amor es más grande que todo lo que vos me dijiste. Y no siento que te haya fallado pero es mi vida. No lo elijo a él. Me elijo a mí, Adela". Y le puso palabras a algo que nunca había podido decir: "Viví toda mi vida para los demás. Para complacer a los otros. Siento que empecé a vivir tarde. Y ahora quiero esto".

Actualmente, cinco años después, la historia sigue. No es perfecta. Incluso hoy, cuando va a la casa de su mamá, lo hace "como pidiendo permiso", esperando que su hermano no esté. Todavía hay tensiones. Distancias. Domingos que duelen. Un entorno que no termina de aceptar. Sale de trabajar a las tres de la tarde y muchas veces la casa queda en silencio. "Se hace

largo el día”, dice. Pero hay algo que ya no se negocia. “Mis sábados son para mí. Mis domingos son para mí, y eso lo incluye a Ariel obviamente”.



Cinco años después, siguen juntos. Entre tensiones que persisten y un entorno que aún no termina de aceptar la relación, Adela asegura que por primera vez se eligió a sí misma. (Foto ilustrativa generada con IA).

Ariel viaja cada fin de semana para verla. A veces entre semana también. Están pensando en vivir juntos. Y hay algo más. Algo que para Adela lo cambia todo. “Me devolvió las ganas de vivir”, revela. Lo describe como un hombre bueno, compañero, presente. Un padre al que admira. “**Es un corazón sano**”, resume. Los hijos de Ariel también tuvieron que procesarlo. Se sorprendieron, hicieron preguntas incómodas. “¿Ya no es más tu prima entonces?”. Pero la aceptaron. “Me hicieron parte de su equipo”.

Cuando su ahijado tenía cinco años tuvo que explicarle la historia. El nene la escuchó y le hizo una pregunta simple, brutal: “Si no está bien, ¿por qué lo hacés?”. Adela se quedó sin palabras. Y finalmente lo supo: “Porque lo quiero”. No existe mucha explicación para justificar el amor.

No todos entienden su historia. Ella lo sabe. Pero hay algo que sí tiene claro. "Por primera vez en mi vida me elegí a mí". Y no piensa volver atrás.

Fuente: TN